



IDICSO

Instituto de Investigación en Ciencias Sociales
Universidad del Salvador

ÁREA DE EMPLEO Y POBLACIÓN

© IDICSO.

Material AEP019

Marzo de 2005

El trabajo da trabajo

Autor: HORACIO CHITARRONI

<http://www.salvador.edu.ar/csoc/idicso>

Hipólito Yrigoyen 2441 – C1089AAU Ciudad de Buenos Aires – República Argentina

TABLA DE CONTENIDOS

Resumen.....	1
Introducción.....	2
1. La centralidad del trabajo: el cemento de la cohesión social	3
2. El trabajo en fuga	5
3. El empleo en la salida de la crisis.....	9
4. El comienzo de la recuperación y la situación actual.....	11
5. ¿Volver al pasado?	15
Referencias bibliográficas.....	17

Resumen

Durante años, los argentinos se acostumbraron a organizar su vida en torno al trabajo. El trabajo proveyó, largamente, no solo de mecanismos integradores sino también de una matriz cultural común. Esta situación se consolidó fuertemente –tal como sucedió en otros países– en la segunda postguerra, durante el ciclo de industrialización sustitutiva de importaciones. Pero en el último cuarto del siglo XX algo hizo crisis y el trabajo pareció convertirse en un bien escaso: una cuantiosa literatura internacional dio cuenta de este fenómeno.

Argentina experimentó con retardo estos procesos, a lo largo de los años noventa. Tras la crisis de la convertibilidad –para muchos la más aguda de su historia moderna– el mercado de trabajo pareció colapsar, para iniciar luego un proceso de rápida recuperación. Sin embargo, hay poderosas razones para pensar que tal mejoría habrá de tornarse más lenta y que la situación de antaño ya no puede recuperarse.

Este documento procura mostrar las tendencias recientes del mercado de trabajo urbano en la Argentina, al tiempo que poner de manifiesto algunos problemas de tipo estructural y avizorar perspectivas futuras.

Para ello, se basa en procesamientos propios de varias ondas de la EPH (Encuesta Permanente de Hogares) que lleva a cabo el INDEC en las principales áreas urbanas del país.

Introducción

Durante años, los argentinos se acostumbraron a organizar su vida en torno al trabajo. El trabajo proveyó, largamente, no solo de mecanismos integradores sino también de una matriz cultural común. Esta situación se consolidó fuertemente –tal como sucedió en otros países– en la segunda postguerra, durante el ciclo de industrialización sustitutiva de importaciones. Pero en el último cuarto del siglo XX algo hizo crisis y el trabajo pareció convertirse en un bien escaso: una cuantiosa literatura internacional dio cuenta de este fenómeno.

Argentina experimentó con retardo estos procesos, a lo largo de los años noventa. Tras la crisis de la convertibilidad –para muchos la más aguda de su historia moderna– el mercado de trabajo pareció colapsar, para iniciar luego un proceso de rápida recuperación. Sin embargo, hay poderosas razones para pensar que tal mejoría habrá de tornarse más lenta y que la situación de antaño ya no puede recuperarse.

Este documento procura mostrar las tendencias recientes del mercado de trabajo urbano en la Argentina, al tiempo que poner de manifiesto algunos problemas de tipo estructural y avizorar perspectivas futuras. Para ello se emplea información proveniente de procesamientos propios de varias ondas de la EPH (Encuesta Permanente de Hogares) que lleva a cabo el INDEC en las principales áreas urbanas del país.

La primera parte se refiere a la centralidad del mercado de trabajo en la conformación de la “Argentina de clases medias” de la que dio cuenta una abundante literatura en los años sesenta. En la segunda, se pasa revista a algunas explicaciones acerca de la crisis del mercado de trabajo ocurrida en el último cuarto del siglo XX y que tendría particular expresión en la Argentina en los años noventa. Asimismo, se reseña rápidamente la literatura acerca del “fin del trabajo”. La tercera parte aporta alguna información empírica acerca de las tendencias del empleo en el momento posterior a la crisis de la convertibilidad. La cuarta muestra la fase de la recuperación y procura describir la situación actual, poniendo de manifiesto algunas de sus implicancias más problemáticas. Por fin, en la última parte se formulan algunas conjeturas acerca del futuro a mediano plazo.

1. La centralidad del trabajo: el cemento de la cohesión social

Recientemente José Luis Romero (2002) se refirió –parafraseando a Manuel Mora y Araujo– a la Argentina como una sociedad de masas de clases medias. Esta es la visión que, al menos, la Argentina forjó de sí misma durante un largo período que abarcó los tres primeros cuartos del siglo XX.

Toda esa etapa, signada por la movilidad social ascendente, tanto en términos intergeneracionales como intrageneracionales, se correspondió con la integración de los migrantes europeos y su fuerte aporte a la expansión de los sectores medios urbanos, primero, y con la integración de los migrantes internos al promediar el siglo, nutriendo una dinámica y expansiva clase trabajadora urbana e industrial.

El fuerte dinamismo expansivo y la prosperidad que caracterizó al ciclo agroexportador fue el escenario de la primera de las integraciones. En tanto que la expansión de la industria en la primera etapa de la sustitución de importaciones lo fue de la segunda.

En ambos procesos, hubo dos mecanismos particularmente eficaces de integración: el sistema educativo fue el primero de ellos, en tanto que el acceso al trabajo proveyó el segundo. En un país que había experimentado un impacto migratorio tan fuerte que, en la primera década del siglo, la mayor parte de los habitantes de su ciudad capital eran extranjeros, resultaba imperioso conformar una matriz cultural nacional. Los sectores dominantes empeñaron, pues, un sostenido esfuerzo de expansión de la educación pública que permitiera, a través del dominio del idioma y de la incorporación de la simbología patria, consolidar la identidad nacional. Al mismo tiempo, la educación pública debía proveer las destrezas básicas requeridas por un mercado de trabajo en rápida expansión.

La fuerte expansión del comercio y los servicios (principalmente públicos) determinó el incremento de los sectores medios, que alcanzarían tempranamente a representar alrededor de 40% del total de la población (Germani, 1971; Torrado, 1992). Esta característica asemejaba la estructura social de la Argentina a la de los países europeos más avanzados como Francia.

Mientras los hijos de los migrantes externos accedían a los estratos superiores de las clases medias, a través de la escuela secundaria primero y de la universidad más tarde, la incorporación de los migrantes internos al trabajo industrial les posibilitaría adquirir, con el tiempo, hábitos de vida y consumo similares a los de los estratos inferiores de aquella. Pero una generación más adelante la poderosa matriz de la educación pública, que uniformaba frente al mercado laboral, abriría a sus hijos la posibilidad del ascenso social.

En los años sesenta la Argentina era, cada vez más, una sociedad de masas (Germani, 1971; Di Tella, 1965), que compartía aspiraciones, significaciones, horizontes culturales, expectativas, creencias. Casi todos querían ser de clase media, casi todos creían posible serlo e, inclusive, casi todos se consideraban perteneciente a ella. Por cierto que un conglomerado tan vasto –y definido casi por oposición a sus extremos: los sectores dominantes y la pobreza estructural, relativamente pequeña y predominantemente rural– era necesariamente heterogéneo. Lo era, de hecho, en lo tocante a aspectos patrimoniales, de ingresos, de acceso a ciertos bienes y servicios, de educación formal y de desempeños profesionales. Pero por encima de estas diversidades, el obrero industrial y el ingeniero de planta, el dueño de un almacén, el mecánico de un taller, el conductor

de colectivo y el empleado bancario compartían cierto patrimonio intangible. Todos creían –y lo creían así porque lo habían incorporado a través de sus experiencias vitales o las de sus ascendientes inmediatos– que si se estudiaba mejoraban las posibilidades de trabajo y que si se trabajaba con ahínco era posible mejorar la propia situación, progresar económicamente y alcanzar un modo de vida más confortable. Casi todos confiaban en que habrían de mejorar sus situaciones a lo largo de sus vidas –seguramente mañana sería un poquito mejor que hoy: solo un poquito, pero eso bastaba– y en que los hijos podían aspirar a una situación de bienestar superior a la de sus padres: tanto gracias al propio empeño como al esfuerzo acumulado por sus mayores. Este era, en esencia, el acervo común de esta “sociedad de masas de clases medias”.

Este conjunto de creencias no era una fantasía, porque estaba abonado por varias décadas de movilidad ascendente, de mejoría de los estándares de vida. ¿Por qué no creer que esto sería siempre así? El sentido común autorizaba la consolidación de estas expectativas. Y la Argentina –a la que sin embargo no habían faltado vaivenes y altibajos durante el siglo XX– podía mirar al futuro con cierto optimismo y, también, con algún orgullo indisimulado, al compararse con los demás países de la región.

Por otra parte, para casi todos, el trabajo funcionaba como el mecanismo organizador de la existencia. El tiempo de la escuela, más breve primero, más largo luego, era una preparación para el mundo del trabajo. Inclusive, muchas de las disciplinas incorporadas en la escuela eran un entrenamiento para la vida laboral: el ajuste a horarios, el esfuerzo, la concurrencia cotidiana con carácter obligatorio, la sujeción a una autoridad diferente de la familiar, a la que unía un vínculo institucionalizado y asimétrico.

El descanso y el ocio se ordenaban como pausas en el trabajo. Y se ganaba el derecho a ellos en función y a cambio del trabajo. Los horarios y las secuencias de actividades – comidas y sueño– también se conformaban al ordenamiento de la jornada laboral. La indumentaria misma debía responder a exigencias y necesidades del trabajo y diferenciaba a las personas –obreros y oficinistas, metalúrgicos y bancarios– según la profesión.

La organización familiar también tenía que ver con el trabajo. Se ordenaba –y se modificaba– en función de él. La familia patriarcal moderna tenía por centro al varón proveedor. Y sus relaciones jerárquicas –invariables y atravesando las clases sociales– estaban fuertemente determinadas por ese rol de reproducción material extradoméstica. A medida que la figura del proveedor único fuera desapareciendo, de la mano de la incorporación femenina a la actividad económica, la familia se reorganizaba, pero también sobre la matriz de la distribución del trabajo.

Este era el cemento de una sociedad donde –si bien la desigualdad no estaba en modo alguno ausente– la convivencia era posible porque se compartían ciertas reglas de juego.

2. El trabajo en fuga

La crisis de los setenta

La argamasa que cementaba la cohesión social, sin embargo, habría de resquebrajarse en el último cuarto del siglo que la había visto consolidarse, aunque recién se hizo evidente en el último decenio. El mercado de trabajo y la educación –los dos mecanismos esenciales de nivelación– dejaron de funcionar por algún motivo. ¿Qué catástrofe aconteció a la Argentina?

En realidad, la crisis del trabajo se abatió sobre todas las economías occidentales al promediar los años setenta, cuando el ciclo de crecimiento y prosperidad que sucedió a la segunda postguerra concluyó. Las causas fueron sin duda, múltiples. En general, hay cierta coincidencia en que la naturaleza de esta crisis fue diferente a la de aquellas por las que había atravesado el capitalismo en oportunidades anteriores: esta vez no fue una crisis de subconsumo sino de acumulación. Aunque se expresó, una vez más, en una sensible caída de la tasa de ganancia.

La productividad había dejado de crecer, en parte por el agotamiento del dinamismo tecnológico proveniente de la última guerra mundial. Además, los costos salariales directos e indirectos habían aumentado, porque las conquistas laborales se habían fortalecido –favorecidas por el pleno empleo– y la expansión del Estado de Bienestar expandía el gasto público y la consiguiente presión impositiva.

El aumento del poder de los asalariados y la mayor simetría de las relaciones sociales obstaculizaba que, como en otras épocas, se les transfirieran los costos del deterioro de los términos de intercambio o las devaluaciones. Las políticas de signo keynesiano –según arguían los conservadores– habrían introducido un elemento que perturbó el proceso de acumulación, porque al desaparecer la recesión y el desempleo cíclicos se eliminaba un mecanismo disciplinador de la fuerza de trabajo.

Por lo demás, el incremento de tasas de interés inducido por el gasto de guerra de los estados Unidos en Vietnam había retraído la inversión productiva, al convertir el mercado financiero en una alternativa más atractiva y rentable. Y el aumento de los precios del petróleo fue otro factor que dañó severamente las bases de un aparato productivo basado en su empleo. En ese contexto, se incrementaba la inflación con disminución de la producción (stangflation).

Revolución conservadora y globalización

Los sectores económicos dominantes concibieron una doble respuesta ante la crisis. En el plano político se trató de la “revolución conservadora”, que tuvo su expresión paradigmática en los gobiernos de Ronald Reagan y Margaret Thatcher: reducción del gasto social y los impuestos, apertura de las economías, flexibilización de las normas laborales. Por parte de las empresas, las estrategias patronales se encaminaron a la reducción del costo laboral: introducción de tecnologías ahorradoras de mano de obra (vinculadas a la informatización y la robotización), multifuncionalidad, flexibilización horaria, terciarización, informalización del trabajo. Desde los años ochenta, el empleo –en especial el empleo industrial y de escasas calificaciones– se contrajo fuertemente en las economías centrales.

En Argentina el golpe militar disciplinó a los sindicatos y redujo los salarios pero procuró mantener bajo control el desempleo, en procura de asegurarse un imposible consenso político. No obstante, la apertura de la economía y el aumento de las tasas de interés eliminaron una parte importante de los empleos industriales. En los ochenta, la recesión y la hiperinflación que coronaron el primer turno de la democracia reinaugurada acabaron de mellar el poder de resistencia de los trabajadores.

El mundo ya transitaba la era de la globalización: la revolución en las comunicaciones hacía posible que las inversiones fluyeran en un mercado global hacia allí donde la rentabilidad resultara más elevada. Si se trataba de inversiones productivas, el factor de atracción estaría dado por una combinación de bajo costo de factores de producción (especialmente los salarios), bajos impuestos y escasos controles. Si se trataba de inversiones financieras –cuya importancia crecería exponencialmente en esos años– el factor decisivo serían las tasas de interés que podían obtenerse. Los mercados de consumo no necesitaban en modo alguno, ya, estar en las cercanías de las fuentes de producción. Ni las actividades productivas requerían tener al alcance de la mano las materias primas. De manera que, en el mercado global, la economía de un país podía crecer fuertemente, estimulada por un ciclo favorable en el flujo de inversiones, sin que el empleo o los ingresos laborales siguieran igual curso. Por lo demás, la valorización financiera, facilitada por el fácil flujo del dinero *virtual* de un punto otro del planeta, crecía a un ritmo mucho más veloz que la economía real, sustentada en la producción de bienes y servicios. El dinero se reproducía en forma ampliada sin requerir de las mercancías. La diada entre el crecimiento y el empleo, que imperaba bajo el *fordismo*, se había roto.

Las políticas del consenso de Washington y el ocaso del trabajo

En los años noventa, las sugerencias del documento denominado consenso de Washington fueron ampliamente difundidas. Con sus recomendaciones acerca de la disciplina presupuestaria, la reorientación de los gastos y la reducción de las funciones del estado, las privatizaciones, la liberalización comercial, la apertura a las inversiones externas y la flexibilización de los mercados de trabajo, se convertiría en el nuevo vademécum para los países de la periferia como también en la guía para orientar las recomendaciones de política económica de los organismos internacionales, tales como el FMI y el Banco Mundial.

Fue entonces cuando la Argentina tuvo la ocasión de echar de menos los buenos tiempos del trabajo abundante. El rumbo adoptado por el gobierno de Menem consistió en la adopción prolija del recetario emanado del documento de Washington. El colapso de buena parte de la industria y la reducción del empleo público expulsaron del mercado de trabajo a muchos, al mismo tiempo que otros querían ingresar: la contracción de los salarios obligaba a más gente a buscar empleo.

La velocidad impresa a los cambios en la Argentina hizo que este proceso resultara especialmente abrupto y traumático. Por lo demás, el mismo desempleo se convirtió en una coartada destinada a justificar que debían eliminarse las restricciones y regulaciones que desalentaban a los empleadores. Bajo la convertibilidad, la desprotección al trabajo alcanzó extremos ominosos. Así, el mundo laboral se segmentó crecientemente entre empleos que conservaban la vieja matriz de protección legal, a los que solo podían

acceder los más calificados, y empleos desprovistos de toda regulación, con ingresos promedio que no alcanzaban a la mitad de los primeros.

Por otra parte, una creciente legión de personas halló que su fuerza de trabajo ya no era demandada, por lo que su única alternativa era procurarse formas de autoempleo que apenas permitían la subsistencia.

La literatura sobre el fin del trabajo

El desempleo, la caída de los ingresos y la fragmentación del mundo del laboral no eran por cierto una exclusividad argentina. A esa altura, ya había cundido en Europa y hasta en Estados Unidos la polémica en torno al fin del trabajo y la inutilidad de pretender retornar a una sociedad centrada en él.

Para el economista y publicista norteamericano Jeremy Rifkin (1996), lo determinante era el cambio tecnológico, propulsado por el desarrollo de las nuevas tecnologías de comunicación e información: el aumento de productividad resultante acabaría por eliminar gran parte de los puestos de trabajo, condenando a la mayor parte de las personas a formar parte de una creciente masa de desempleados marginados.

Para el austríaco Andre Gorz (1998), "...se ha instalado un nuevo sistema que tiende a abolir masivamente el trabajo" (pag: 11). Es preciso, pues, que el trabajo pierda su centralidad en la conciencia y el pensamiento de todos, porque la sociedad de trabajo "no existe más y no volverá" (pag. 11). Para este autor, la persistencia de la organización de la sociedad y la vida en torno al trabajo en extinción no sería sino una trampa urdida por la burguesía, que se beneficiará de la lucha inútil de todos contra todos para obtener algo que ha sido abolido.

El alemán Claus Offe (1996), por su parte, también sostuvo la inutilidad de pretender retornar a una sociedad centrada en el trabajo, dado que el cambio científico y tecnológico reduciría la cantidad de trabajo incorporado en cada bien o servicio. Se trataría, pues, de la desaparición de la sociedad fundada en el trabajo.

La francesa Dominique Méda (1995) cree que el trabajo, en torno al cual se ha estructurado la vida moderna, es una categoría histórica relativa y no constituye la esencia de los seres humanos ni una necesidad antropológica, por lo que habría que "desencantar" la noción de trabajo.

El sociólogo francés Robert Castel (1997) no afirma la desaparición del trabajo, pero sí la metamorfosis de la sociedad salarial. El vínculo salarial estable y protegido, que fuera hegemónico en la segunda postguerra, se deteriora y fragiliza por efectos del desempleo y la precarización de los vínculos laborales. De manera que no será, ya, posible retornar a la época de los "30 años gloriosos".

Fitoussi y Rosanvallon (1997) señalaron como el incremento de las desigualdades fue favorecido por una singular reducción en el poder de negociación de los asalariados, bajo el efecto de la desocupación masiva. Por lo demás, "...la competencia de los países de bajos salarios incrementa la vulnerabilidad de las industrias mano de obra intensivas, en tanto el progreso técnico favorece el trabajo calificado" (pag. 82).

Aun las posturas menos extremas, como las de los *regulacionistas* franceses, sostenían ya que era irrecuperable la bonanza y amplia capacidad de inclusión de la sociedad salarial vigente en los años que sucedieron a la segunda postguerra, de plena implantación del paradigma productivo *fordista*), aun cuando siguiera siendo factible propiciar el crecimiento del empleo protegido a través de la tutela y regulación estatal, combinada con políticas de fuerte aliento a la producción y el consumo.

De todas maneras, en los países europeos se extendió una amplia red de seguridad basada en sistemas de ingreso ciudadano y seguros de desempleo, destinados a cubrir el bache que el trabajo dejaba en la malla social. Al mismo tiempo, en casi todas partes se adoptaban políticas activas y pasivas para reducir el desempleo.

3. El empleo en la salida de la crisis

En Argentina, el previsible final de la convertibilidad produjo una hecatombe. Los ingresos medios de los trabajadores cayeron alrededor de 40%, en términos reales, en tanto que se destruyeron alrededor de 800 mil puestos de trabajo urbanos entre 2001 y 2002. El desempleo alcanzó a más de 21% en mayo de ese último año.

Entre los puestos de trabajo perdidos, siete de cada diez correspondieron a trabajadores varones y más de dos tercios a jóvenes de menos de veinticinco años: habitualmente quienes ocupan posiciones más frágiles en el mercado de trabajo. Asimismo, en casi dos terceras partes de los casos se trató de trabajadores de escasas credenciales educativas (menos de doce años de escolaridad).

Prácticamente la totalidad de las pérdidas correspondieron a puestos de trabajo asalariados del sector privado, que en su mayoría (más de la mitad de los casos) eran desempeñados en empresas de pequeño y mediano tamaño. Algo más de 50% de estos asalariados no estaban registrados en la seguridad social y tres cuartas partes eran de baja calificación (operativa o no calificados). Las ramas más expulsoras fueron el comercio, la construcción y la industria –en ese orden– que explicaron más de ocho de cada diez puestos perdidos.

Apenas si la intervención del Estado atinó a paliar la situación, mediante la creación de los empleos de emergencia a través del Plan Jefas y Jefes de Hogar Desocupados (PJYJHD). Los puestos de trabajo así generados correspondieron principalmente a mujeres (en más de siete de cada diez casos), generalmente de bajo nivel educativo y pertenecientes a los hogares situados en los estratos más bajos. Se concentraron fuertemente en la administración pública y en los servicios ligados al Estado.

Cuadro 1. Flujos netos de empleo en el colapso de la convertibilidad: 2001/2002

Indicadores seleccionados	
Flujo neto (en miles)	-765
% de varones	68,7
% de jóvenes (15 a 24)	36,4
% de adultos (25 a 49)	50,2
% baja educación (menos de 12 años)	79,5
% calificación operativa y no calificados	76,3
% de asalariados	87,3
% de no registrados (sobre asalariados)	55,6
% en microempresas	20,9

% industria	16
% comercio	36,4
% construcción	29,4
Fuente: SIEMPRO, en base a EPH-INDEC (ondas de mayo de cada año)	

4. El comienzo de la recuperación y la situación actual

4.1. Inicios de la recuperación

La economía encontró un punto de inflexión hacia el segundo trimestre de 2002. El PBI dejó de caer y dio comienzo una incipiente recuperación, que no tardó en expresarse en los principales indicadores del empleo.

No obstante, entre 2002 y 2003 todavía fueron los planes sociales los que más aportaron a la recuperación de los puestos de trabajo. Pero el mercado comenzó a hacer su contribución, recuperando alrededor de 70% de los empleos perdidos en el año precedente.

Las nuevas ocupaciones se concentraron –a diferencia de las pérdidas del período anterior– en las edades centrales (25 a 59 años) y casi siete de cada diez nuevos empleos fueron ocupados por varones. En esta primera fase de la recuperación, el mercado fue selectivo: casi ocho de cada diez puestos de trabajo correspondieron a trabajadores que, al menos, habían completado la educación secundaria. Asimismo, dos tercios de estos empleos recayeron en trabajadores provenientes de los estratos de ingresos medios. Los trabajadores pobres y de menor calificación solo hallaron refugio en los planes sociales.

En esta fase, los nuevos empleos privados incluyeron un mayor contenido de calificaciones técnicas y se concentraron en la construcción, el comercio y –sobre todo– los servicios a las empresas. El sector informal (las microempresas) fue el que lideró la creación de empleos: casi seis de cada diez puestos asalariados se generaron en estas pequeñas firmas. Por la misma razón, una proporción equivalente –el grueso de los nuevos empleos– fueron en negro.

Cuadro 2. Flujos netos de empleo en los comienzos de la recuperación: 2002/2003

Indicadores seleccionados	
Flujo neto (en miles)	527,5
% de varones	68,4
% de jóvenes (15 a 24)	9,1
% de adultos (25 a 49)	60,9
% alta educación (12 años y más)	88,1
% calificación operativa y técnica	98,1
% de asalariados	59
% de no registrados (sobre asalariados)	92,4
% en microempresas	61,8

% industria	8,2
% comercio	25,5
% construcción	22,1
Fuente: SIEMPRO, en base a EPH-INDEC (ondas de mayo de cada año)	

4.2. Consolidación de la recuperación

Sin embargo, tras el piso de la crisis, bajo el estímulo de una situación externa muy favorable y de la nueva paridad cambiaria, la economía argentina inició un firme proceso de crecimiento que no se ha interrumpido hasta hoy. La amplia capacidad ociosa con que contaba la industria y el exitoso desempeño del sector externo permitieron que –con muy escaso esfuerzo inversor– el PBI creciera a razón de casi 9% en 2003 y 2004, rumbo que se ha mantenido en el año en curso con poca atenuación. La actividad manufacturera, el comercio y la construcción se mostraron muy activos en la absorción de mano de obra, al punto que la elasticidad empleo producto se mostró, en esos dos años, en un nivel muy superior a la media de la década pasada. Ello permitió que el desempleo bajara a 12% hacia fines de 2004, al tiempo que los puestos de trabajo subsidiados descendían sensiblemente como porcentaje del empleo total.

En esta fase, en tanto que descendieron en términos absolutos y relativos los empleos vinculados a planes de emergencia, el sector privado generó casi 700 mil nuevos empleos urbanos. Se trató, en esta oportunidad, de trabajadores situados en las edades centrales pero con un mayor componente femenino (cuatro de cada seis). Asimismo, casi tres de cada diez nuevos puestos correspondieron a trabajadores de baja educación (sin secundario completo). Y más de la mitad fueron ocupados por quienes provenían de los estratos más pobres (los dos quintiles inferiores).

Casi la totalidad de estos puestos de trabajo fueron de calificación operativa y nueve de cada diez se explicaron por la expansión de la actividad en el comercio, la industria y la construcción, en ese orden: todas ellas, ramas vinculadas al mercado interno.

Ocho de cada diez de estos puestos de trabajo correspondieron a pequeñas y medianas empresas del sector privado formal (más de la mitad en establecimientos de 6 a 100 ocupados). Y, en concordancia con ello, casi seis de los nuevos empleos asalariados estaban registrados en la seguridad social.

**Cuadro 3. Flujos netos de empleo genuino en la fase de consolidación:
2003-2004**

Indicadores seleccionados	
Flujo neto (en miles)	681
% de varones	59,4
% de jóvenes (15 a 24)	20,6
% de adultos (25 a 49)	66,4
% alta educación (12 años y más)	71,9
% calificación operativa y técnica	90,8
% de asalariados	99
% de no registrados (sobre asalariados)	57,3
% en microempresas	28,9
% industria	31,3
% comercio	39,5
% construcción	18,6

Fuente: SIEMPRO, en base a EPH-INDEC (4º trimestre de cada año)

4.3. Los límites

Pero esta veloz recuperación se dio en el marco de unas condiciones que probablemente no vuelvan a replicarse en el futuro: la continuidad del crecimiento requerirá de una elevación adicional de la inversión y, probablemente, involucrará a sectores menos intensivos en el uso de mano de obra. Ya en el presente año (2005), la elasticidad empleo/producto ha caído a menos de la mitad del nivel registrado en 2004.

El desempleo sigue siendo de todas maneras elevado, pues supera los dos dígitos y se ha mostrado renuente a descender en el año en curso. Y los trabajadores registrados en la seguridad social no pasan de 40% del total de ocupados. El resto son, en su mayor parte, asalariados en negro (26%), cuentapropistas (18%) o beneficiarios del Plan Jefas y Jefes de Hogar (5%). Por lo demás, una proporción muy elevada de trabajadores –alrededor de dos tercios– no cubre con sus ingresos una canasta básica para una familia tipo. Y los asalariados no registrados en la seguridad social perciben un ingreso equivalente a menos de 40% del que obtienen los que sí lo están.

Esta situación tiene implicaciones muy graves. En primer lugar el colapso del sistema de seguridad social: una mayoría de las personas en actividad no realiza aportes y no contará con la posibilidad de jubilarse al arribar a la edad pasiva.

Pero además, la distribución del ingreso ha seguido desmejorando persistentemente y esa tendencia resulta difícil de modificar. Pues la elevación del salario mínimo vital y móvil, así como los aumentos fijos concedidos por el gobierno solamente benefician a quienes trabajan en condiciones legales, con lo cual aumentan la brecha con respecto a quienes lo hacen en negro. Y otro tanto ocurre con las mejoras logradas por la vía de los convenios colectivos. Hay, pues, trabajadores “de primera” y “de segunda”.

A diferencia de lo que sucedía en el pasado, tanto el Estado como los sindicatos se ven privados de los instrumentos necesarios para operar sobre la estructura distributiva, por lo cual la desigualdad tiende a consolidarse y aún a profundizarse.

Cuadro 4. El mercado de trabajo en la coyuntura actual.		
Indicadores seleccionados.		
Categoría ocupacional	Total	%
Empleador hasta 5 no profesional	168.666	1,9
Empleador hasta 5 profesional	73.218	0,8
Empleador más de 5	117.630	1,4
cuenta propia profesional	322.531	3,7
cuenta propia no profesional	1.599.463	18,5
Asalariado público	1.324.092	15,3
Asalariado privado registrado hasta 5	359.149	4,1
Asalariado privado registrado más de 5	1.873.345	21,6
Asalariado privado no registrado hasta 5	960.764	11,1
Asalariado privado no registrado más de 5	666.986	7,7
Programas de empleo	435.714	5,0
Trabajador del servicio doméstico	672.150	7,8
Trabajador no remunerado	87.400	1,0
Total	8.661.108	100,0
Fuente: EPH-INDEC (2º trimestre de 2005)		

5. ¿Volver al pasado?

En tales condiciones, es posible preguntarse si se puede retornar al cálido pasado del empleo abundante, seguro, de tiempo completo y de por vida que añoran los argentinos o si, por el contrario, ello es imposible tal como lo señala la abundante literatura referida al fin del trabajo..

El retorno no parece fácil. Los cambios tecnológicos –como bien lo advierten los europeos– han disminuido la necesidad de mano de obra, en especial de la menos calificada. Y ello debilita a los trabajadores. Por otra parte, la propensión a la actividad económica –fundamentalmente la de las mujeres– es mucho más elevada que décadas atrás: baste decir que si la tasa de actividad volviera al nivel de los años setenta y ochenta, los empleos disponibles (sin contar los planes) alcanzarían para llevar la tasa de desocupación al nivel histórico por debajo del 5%. Pero ese proceso no puede revertirse, de manera que la sobreabundancia de oferta laboral contribuye todavía más a una relación de fuerzas desfavorable, consolidando la trampa de la centralidad del trabajo en momentos en que éste se torna escaso, tal como lo ha señalado Gorz.

**Cuadro 5: evolución del mercado de trabajo en los últimos treinta años.
Gran Buenos Aires**

	1974	1985	2002	2005
Actividad (%)	40,5	38,9	45,7	47,8
Empleo (%)	39,5	36,9	37,1	41,4
Desempleo (%)	2,4	4,9	18,8	13,4
Subempleo (%)	3,8	6,6	20	14
Empleo pleno (%)	38,0	34,3	28,0	34,7
Asalariados sin registro (%)*	15,5	19,3	34,0	47,2

Nota: (*): sobre asalariados totales

Fuente: EPH-INDEC (ondas de octubre de cada año y 2º trimestre de 2005)

El cuadro anterior muestra alguna evidencia respecto de lo dicho. Lo decisivo parece haber sido el incremento de la tasa de actividad, conjuntamente con el deterioro de la calidad del empleo. Esto último puede medirse a través de dos indicadores: el trabajo a tiempo parcial involuntario (subempleo) y la falta de registro en la seguridad social. En 1974 el subempleo no alcanzaba a 4% y en 2002 equivalía a una quinta parte de la población económicamente activa. Aunque experimentó un apreciable descenso, todavía abarca actualmente al 14%. En cuanto a la ausencia de registro en la seguridad social, desde el módico 15% de 1974 había pasado a 20% un decenio más tarde y superaba los

dos tercios del total de asalariados en lo peor de la crisis. La fuerte recuperación del empleo producida en 2003 y 2004 no revirtió esta situación de desprotección, que alcanza hoy a 47% de los asalariados del mayor conglomerado urbano del país. Ello muestra que la mayor parte de los empleos creados –especialmente en 2003– fueron en negro y sólo a partir de 2004 comenzó a crecer muy módicamente la proporción de puestos de trabajo registrados. Por otra parte, como ya ha sido señalado, la brecha de ingresos entre unos y otros trabajadores se ha ensanchado persistentemente. Un asalariado registrado percibe un ingreso 2,6 veces superior al del no registrado y equivalente al doble del que obtiene un trabajador por propia cuenta no profesional.

¿Qué hacer, pues? En primer lugar, tomar conciencia de ello. Si el mercado de trabajo no va a solucionar los problemas atinentes a la pobreza y la exclusión social, es imprescindible que el Estado intervenga vigorosamente. Las políticas de transferencias de ingresos a los hogares más desprotegidos deben seguir un curso creciente en profundidad y extensión, y su financiamiento debe ser asumido con recursos locales, provenientes del sistema impositivo. Otro tanto debe suceder con el seguro de desempleo.

Pero además, el Estado debe estimular las actividades más intensivas en mano de obra y, en especial, aquellas que mayor impacto tienen en la ocupación de trabajadores de menor calificación: la construcción, a través de la obra pública, es una actividad clave en este sentido. Asimismo, la expansión del gasto en áreas como salud y educación tiene un alto impacto ocupacional (en este caso más sesgado hacia los sectores medios).

Por fin, el Estado nacional debe recuperar y ejercer en plenitud el poder de policía en materia laboral, regulando y penalizando con severidad las transgresiones a las normas vigentes. Las organizaciones sindicales debieran prestar una colaboración decisiva en esta tarea.

Referencias bibliográficas

- Castel, R.** (1997). *La metamorfosis de la cuestión social*. Buenos Aires: Paidós.
- Di Tella, T. y otros** (1965). *Argentina, sociedad de masas*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Fitoussi, J. P. y Rosanvallon, P.** (1997). *La nueva era de las desigualdades*. Buenos Aires: Manantial.
- Germani, G.** (1979). *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires: Paidós.
- Gorz, A.** (1998). *Misérias del presente, riqueza de lo posible*. Buenos Aires: Paidós.
- Méda, D.** (1995). *Le travail. Une valeur en voie de disparition*. París: Aubier.
- Offe, C.** (1996). "El pleno empleo ¿una cuestión mal planteada?", *Sociedad*, N° 9, Facultad de Ciencias Económicas/UBA. Buenos Aires.
- Rifkyn, J.** (1996). *El fin del trabajo. Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo; el nacimiento de una nueva era*. Barcelona: Paidós.
- Romero, J. L.** (2002). Conferencia dictada en el marco del "Ciclo de Encuentro con pensadores de las problemáticas de nuestro tiempo" organizada por el Area Interdisciplinaria de Estudios del Deporte, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, abril de 2002, disponible en: <http://www.efdeportes.com/>
- Torrado, S.** (1992). *Estructura Social de la Argentina 1945-1983*. Buenos Aires: De la Flor.

BREVE HISTORIA DEL IDICSO

Los orígenes del IDICSO se remontan a 1970, cuando se crea el "Proyecto de Estudio sobre la Ciencia Latinoamericana (ECLA)" que, por una Resolución Rectoral (21/MAY/1973), adquiere rango de Instituto en 1973. Desde ese entonces y hasta 1981, se desarrolla una ininterrumpida labor de investigación, capacitación y asistencia técnica en la que se destacan: estudios acerca de la relación entre el sistema científico-tecnológico y el sector productivo, estudios acerca de la productividad de las organizaciones científicas y evaluación de proyectos, estudios sobre política y planificación científico tecnológica y estudios sobre innovación y cambio tecnológico en empresas. Las actividades de investigación en esta etapa se reflejan en la nómina de publicaciones de la "Serie ECLA" (SECLA). Este instituto pasa a depender orgánica y funcionalmente de la Facultad de Ciencias Sociales a partir del 19 de Noviembre de 1981, cambiando su denominación por la de Instituto de Investigación en Ciencias Sociales (IDICSO) el 28 de Junio de 1982.

Los fundamentos de la creación del IDICSO se encuentran en la necesidad de:

- ❑ Desarrollar la investigación pura y aplicada en Ciencias Sociales.
- ❑ Contribuir a través de la investigación científica al conocimiento y solución de los problemas de la sociedad contemporánea.
- ❑ Favorecer la labor interdisciplinaria en el campo de las Ciencias Sociales.
- ❑ Vincular efectivamente la actividad docente con la de investigación en el ámbito de la facultad, promoviendo la formación como investigadores, tanto de docentes como de alumnos.
- ❑ Realizar actividades de investigación aplicada y de asistencia técnica que permitan establecer lazos con la comunidad.

A partir de 1983 y hasta 1987 se desarrollan actividades de investigación y extensión en relación con la temática de la integración latinoamericana como consecuencia de la incorporación al IDICSO del Instituto de Hispanoamérica perteneciente a la Universidad del Salvador. Asimismo, en este período el IDICSO desarrolló una intensa labor en la docencia de post-grado, particularmente en los Doctorados en Ciencia Política y en Relaciones Internacionales que se dictan en la Facultad de Ciencias Sociales. Desde 1989 y hasta el año 2001, se suman investigaciones en otras áreas de la Sociología y la Ciencia Política que se reflejan en las series "Papeles" (SPI) e "Investigaciones" (SII) del IDICSO. Asimismo, se llevan a cabo actividades de asesoramiento y consultoría con organismos públicos y privados. Sumándose a partir del año 2003 la "Serie Documentos de Trabajo" (SDTI).

La investigación constituye un componente indispensable de la actividad universitaria. En la presente etapa, el IDICSO se propone no sólo continuar con las líneas de investigación existentes sino también incorporar otras con el propósito de dar cuenta de la diversidad disciplinaria, teórica y metodológica de la Facultad de Ciencias Sociales. En este sentido, las áreas de investigación del IDICSO constituyen ámbitos de articulación de la docencia y la investigación así como de realización de tesis de grado y post-grado. En su carácter de Instituto de Investigación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad del Salvador, el IDICSO atiende asimismo demandas institucionales de organismos públicos, privados y del tercer sector en proyectos de investigación y asistencia técnica.

ÁREAS DE INVESTIGACIÓN DEL IDICSO

<input type="checkbox"/> Desarrollo Social Local y Regional	<input type="checkbox"/> Organizaciones No Gubernamentales y Políticas Públicas	<input type="checkbox"/> Empleo y Población
<input type="checkbox"/> Recursos Energéticos y Planificación	<input type="checkbox"/> Relaciones Internacionales de América Latina	<input type="checkbox"/> Estudios sobre Asia y el Pacífico
<input type="checkbox"/> Gobernabilidad y Reforma Política	<input type="checkbox"/> Historia Cultural y Social Contemporánea	<input type="checkbox"/> Historia de las Relaciones Internacionales en el Mundo Antiguo y Medieval
<input type="checkbox"/> Sociedad, Estado y Religión en América Latina	<input type="checkbox"/> Relaciones Iglesia-Estados	<input type="checkbox"/> Migraciones
<input type="checkbox"/> Teoría de las Relaciones Internacionales	<input type="checkbox"/> Análisis Político	<input type="checkbox"/> Filosofía Política y Social

Decano de la Facultad de Ciencias Sociales:

Lic. Eduardo Suárez

Director del IDICSO:

Dr. Pablo Forni

Comité Asesor del IDICSO:

Dr. Raúl Bisio

Dr. Alberto Castells

Dr. Ariel Colombo

Dr. Floreal Forni

SERIE MATERIALES DE ÁREA

Edición y corrección: *Ricardo De Dicco*, Departamento de Comunicación y Tecnología del IDICSO

Tel/Fax: (++5411) 4952-1403

Email: idicso@yahoo.com.ar

Sitio Web: <http://www.salvador.edu.ar/csoc/idicso>

Hipólito Yrigoyen 2441

C1089AAU Ciudad de Buenos Aires

República Argentina